

NARRATIVA

Elogio del trotamundos

La editorial Jus publica la segunda novela del fecundo Jim Tully, paladín de la escritura marginal



Hacia Los Ángeles, fotografía de Dorothea Lange. DOROTHEA LANGE / LIBRARY OF CONGRESS

POR KIKO AMAT

No es lo mismo ser un trotamundos que ser *homeless*, como no es lo mismo ser solitario que estar solo. El fenómeno del *hobo* o trotamundos americano se presta a confusión: mucha gente identifica a los *hobos* como carpas que no agarraban una pala ni a tiros y eran más guarros que un piso *erasmus*. Pero como describió Ben Reitman en su ensayo disfrazado de novela *Boxcar Bertha* (Pepitas de Calabaza, 2014), la experiencia colectiva *hobo* fue una auténtica sociedad paralela —el 5% de la población activa de EE UU— formada por el subproletariado del momento, con “sus propias instituciones, sus saberes legales —y sobre todo ilegales—, su jerga y sus taxonomías”. Los *hobos* no eran *tramps* o *bums* (vagabundos o tirados). Había un elemento de voluntariedad en sus sociales y una visión romántica del tinglado.

Buscavidas es la mejor novela *hobo*. No es un criptoensayo ni un tratado sociológico, sino una memoria narrativa escrita en 1924 por un extrotamundos, el prolífico escritor marginal Jim Tully. Narrada en aerodinámica primera persona, es una novela de picaresca clásica, tan trepidante como mordaz. Tully, un autodidacta de manos encallecidas además de *hobo* fue pígil, escribe sobre su vida desde el tuétano, con una pasión y una intensidad contagiosas.

Por un lado habla de la huida del pueblo (“olvida este lugar; no es más que una trampa”) y la posterior errancia (“maldicia el espíritu viajero que me había llevado hasta allí, pero en el fondo me sentía agradecido por tener una libertad que me habría sido imposible en una fábrica”). Nos cuenta de un modo emotivo, con anécdotas fantásticas y personajes inmensos, la existencia de trotamundos antes de la

Gran Depresión: la vida itinerante, el sexo libre, la ausencia de ataduras, las correrías, trabajos eventuales, detenciones por vagancia y borracheras homéricas. Ese impulso de escapada tan yanqui, tan romantizable, tan novelesco, que luego arruinarían Kerouac y sus plúmbeos *beats*.

Sin olvidar los trenes, claro. Cientos de ellos, siempre en modo *simpa*, de un lado a otro del vasto país (“el traqueteo de las vías, los latigazos del viento o la lluvia, la mezcla asfixiante de cenizas y humo de los túneles”). Trenes, y trenes, y más trenes (lo que, cabe decir, al final infunde una cierta modorra).

De la narración trotamunda emerge una subhistoria pareja en relevancia y épica: el descubrimiento de un don (la escritura), la revelación del alma artística. Tully cuenta esto sin tapujos y sin altivez. Cae en la cuenta de que siempre ha amado las “cosas bellas”, que es “un embrión de poeta” y que solo puede ver el mundo con ojos literarios, esté recogiendo patatas o trasegando vinacho. Tully es el tabarra sentimental y mitificador que tarde o temprano escribirá una novela.

Y la escribió. Esta y muchísimas otras, no solo sobre la vagabundez sino sobre boxeo, la industria del cine (fue “el escritor más odiado de Hollywood”) o vida circense. Lejos de efectuar el paseillo carrera-prensa-literatura, Tully anduvo el camino duro por vías sin asfaltar: pudo árboles, partió carcas, se heló el culo en vagones de carbón, confraternizó con “hombres a los que uno tenía incluso dar la mano” y (nota anecdótica) fue secretario de Charlie Chaplin. Su libro, fuerte y libre como una carcajada de borrachín, late con la fuerza de la vida. Es una gozada.

Buscavidas. Recuerdos de un vagabundo

Jim Tully. Traducción de Andrés Barba Jus, 2017. 210 páginas. 19 euros

ENSAYO

Los árboles lo son todo

POR ANTONIO CALVO ROY

No son frecuentes los libros de divulgación botánica, sobre todo si los comparamos con los de genética y de física, por citar solo dos ejemplos. Y menos aún los que se convierten en éxitos de ventas. *La memoria secreta de las hojas*, de Hope Jahren, es uno de ellos, un éxito y una delicia. Es la historia de una vocación científica que surge en el laboratorio de ciencias de un pueblo pequeño de Estados Unidos y termina, de momento, en la Universidad de Hawái. En medio, todas las plantas y mucha vida. Escrito en una llamativa primera persona, mezclando la historia de su familia noruega, llegada a Minnesota hacia 1880, con su carrera profesional, la autora contagia su pasión por las plantas, su fascinación por hojas, flores, frutos y troncos, notablemente “superiores en belleza, diversidad e importancia al resto de los seres del planeta”, según Jahren. El repaso a los vegetales y la forma de hacerlo, la cantidad de datos aportados y las vivencias que los acompañan convierten a este libro en algo poco común y, sobre todo, algo que cambia nuestra manera de mirar el entorno. Por ejemplo, dice la autora, en el mar hay cuatro plantas por cada animal, mientras que en tierra hay casi mil por cabeza. En el planeta tenemos unos tres billones de árboles, y Canadá es el país con más ejemplares, 318.180.524.032, más o menos; en el lugar favorito de la autora, los bosques protegidos del oeste de Estados Unidos, hay unos 80.000 millones de árboles. Decía Joaquín Costa, con una frase que seguro que Jahren haría suya, que todo se lo debemos a los árboles, desde que nos acogen en las cuatro tablas de la cuna hasta que nos envuelven en las cuatro tablas del ataúd. En este antropoceno de cambio climático y de incendios forestales desastrosos —aunque la superficie arbolada de España se haya incrementado en un 33% en los últimos 25 años—, es bueno ensalzar la importancia de los bosques genuinos y de su protección, sobre todo si es con un libro que contiene tanta vida y tanta emoción. Evitemos la frase del Julio César de Goscinnny y Uderzo: “Talladremos el bosque para construir un parque natural”.



La memoria secreta de las hojas

Hope Jahren. Traducción de María José Viejo e Ignacio Villaro Páldos, 2017. 336 páginas. 20 euros



De izquierda a derecha, de pie, Jack Kerouac, Allen Ginsberg y Peter Orlovsky. Agachados, Gregory Corso y Lafcadio Orlovsky, en México en 1956. RUE DES ARCHIVES / RGA

ENSAYO

Ululantes y necesarios

POR JESÚS AGUADO

Estos chicos, casi todos ya vagabundos del *dharma* ultraterreno, siguen ululando tiernamente generación tras generación. Alborotaron el tranquilo avispero de la poesía de su tiempo (esos poetas conservadores, retorcidos y melindrosos de la Nueva Crítica, por ejemplo) y siguen haciéndolo hoy en día. Ellos, que fueron avanzados de la contracultura, el ecologismo, el comunitarismo, la fraternidad universal, el orientalismo, el feminismo y el erotismo sin fronteras, quizás sean ahora más necesarios que entonces: porque nuestra época involucre hacia esa tacañería mental y emocional de la que habían conseguido librarnos el puñado de obras iluminadas que firmaron estos seis y sus colegas; y porque los poderes a los que se enfrentaron han aprendido la lección y han cavado trincheras de apariencia inexpugnable. Cada cual defendió estas causas a su manera y con unos fines diferentes, pero la poesía de todos sin excepción denuncia los fallos de este sistema que nos jode la existencia y, antes de que se reprogramme, publica sus planos y vende millones de copias sin dejar de hacer el amor o de practicar meditación zen en cabañas o rascacielos, en lagos o bosques, en soledad o en grupo. Una poesía política, por tanto, antes del desprestigio general y merced de la política. Y una poesía que practica la felicidad del encuentro con el otro y con lo otro sin mojigaterías de salón.

Varasek, en una edición exacta y hermosa armada a varias manos (imposible citarlos a todos, pero qué buenos son), ha vuelto a contar su historia, a traducir sus poemas, a pensar sus trayectorias, y a ponerlos de actualidad entre nosotros para que no nos olvidemos de que, en efecto, los necesitamos más que nunca. Necesitamos los haikus de Kerouac, donde llora el Gran Jefe Caballo Loco. Necesitamos los paisajes de Snyder, donde abren una senda los topillos. Necesitamos el taxi de Welch, que siempre lleva al mismo pasajero: Anacreonte. Necesitamos los pensamientos nerviosos de Whalen, a los que da manotazos como si fueran moscas. Necesitamos el escepticismo radical de Kyger, que no está segura ni de sí misma. Y necesitamos el peyote que mantiene frescas las palabras alucinadas de McClure como invitándonos a ingerirlo nosotros también.

The Dharma Beats. Una historia de la beat generation

Jack Kerouac, Gary Snyder y otros Varasek, 2017. 200 páginas. 20 euros